Kang, para los amigos

Una montaña con fama de desagradecida, la tercera más alta del mundo es larga, peligrosa y, como no podía ser de otra forma, terriblemente bella. Sin embargo, tres alpinistas vascos acariciaron una de las cimas más codiciadas por los ochomilistas, la del Kangchenjunga (8.586 m). Una pequeña victoria que pudo tornarse en la mayor de las derrotas.
E

STAMOS a finales del año 95 y ya se ponen de nuevo en marcha otras ideas: los mismos de hace dos años hemos acordado intentar el Kangchenjunga. Si tan bien nos fue en nuestro ascenso al K2, ¿por qué no nos va a ir igual en esta montaña? Fue rápido, hubo suerte con el tiempo, suerte en nuestra relación —bueno, algunos somos muy tolerantes, creo que es así como se dice ahora, ¿no?—, subimos todos al monte con buen tiempo y bajamos razonablemente enteros. Vale, éstos son nuestros planes antiguos para nuestro nuevo proyecto, pero sí seguimos leyendo os daréis cuenta de que no ha salido así la cosa. Bueno, yo no he conseguido llegar a la cima pero, aunque esto sea algo importante, lo peor es que ha sido duro, muy duro y arriesgado. En fin, quizás para algunos más que para otros, pero deberéis tener en cuenta que soy yo el que escribe.

Ya sabíamos que en realidad el Kang es una montaña poco agradable, muy alta y de nombre casi imponderable, relativamente poco visitada pero muy conocida desde hace tiempo al ser bien visible su vertiente sur desde Darjeeling, un pueblo de montaña donde se refugiaba el cuerpo colonial británico huyendo de los calores de las llanuras gangeticas.

Sabíamos que por el norte es aún peor. Pues vale, pues muy bien, pues vamos a ir por ahí, para que no nos digan que siempre hacemos las vias normales y que no aportamos nada nuevo y todo eso. En realidad, Juantito ha intentado ya esta montaña por dicha vertiente otras dos veces con diferentes colegas. Debido a sus dos experiencias, mantiene un saludable respeto a esta cara norte, llamámosle miedo para entendermos y no dar lugar a equívocos, por lo que ha llegado el momento de intentarla por tercera vez para romper el maleficio. También ha pasado por allí alguna que otra expedición vasca, o sea que no hay que exagerar.

La montaña embrujada

H

A transcurrido casi un mes desde que llegamos al campo base llamado Pangpema, al borde del glaciar del Kangchenjunga, y ya nos hemos hecho a la idea de que no va a ser como en los viejos y buenos tiempos, y de que todos los posibles problemas de esta vertiente no es que sean posibles sino que son inevitables.

Reina una cierta desesperanza en el ambiente y, todo hay que decirlo, la belleza de las montañas, los colores, luces y formas no nos afectan. La magia de estos lugares ha huido de nosotros, nos esquiva como a seres que han perdido el estado de gracia y nuestra situación se asemeja a la de aquellos sueños horribles, que ni siquiera llegan a ser pesadillas sino que se alargan interminablemente en un paréntesis de hastío, sin solución final, como eternos domingos. Dicen que los domingos matan más gente que las bombas.

Queremos terminar esto de una vez y marcharnos a casa.

—Que és lo digo de verdad, que esta montaña tiene algo especial, que está embrujada y tiene mal rollo conocigo y está esperando a darte la puchalada, que no me quierés creer, pero que nos va a joder —dice Juantito, serio y agobiado—.

—¡Pasee!

Vamos por la vía británica del 79. Hemos acondicionado un campo 1 ala lejos en el glaciar, un campo 2 en el collado norte, a 6.880 m de altura, y, entre medias, se han instalado unos mil metros de cuerda fija. Los han colocado Félix y Alberto Íñirrategui, para ser más precisos, dado nuestro precario estado, con la salud bajo mínimos. Juan Oiar-
Atardecer en el Kang.
Foto pequeña.
segundo día de marcha.
zabá y yo nos andamos peloteando bronquitis o faringitis o vaya usted a saber, y nuestra modesta contribución se ha ceñido al artístico arte del porteo. Ya está todo hecho y sólo falta esperar la oportunidad para salir hacia la cumbre con un campo-vivac en el Hombre, a 7.800 m.

- Con dos campos, mejor: uno debajo del Torreón y otro en el Hombre. Que hay que portear 200 m de cuerda, como mínimo, para dejarla fija en el Torreón y que si no, para bajar, vamos a pasar las de Catin – habla Juanito–.

- Con un campo vale, y con 100 m de cuerda también –responde Alberto, o Félix, o ambos, que para el caso es lo mismo–.

- Que no tenéis ni idea de jugar al fútbolín, que mejor dos.

- ¿Una?

- ¡Está bien, intentaremos con uno pero si no podemos, dormimos debajo del Torreón.

- ¿Pues hay que hacer lo posible por poder?

- Bueno, ¿pos' vale, ¿cómo no hay más, con la abuela se duerme!

Es curioso, con la de veces que hemos venido a estas montañas y, sin saber cómo, nos encontramos en el campo base a una pequeña familia con cocine-ro-sirdar, dos ayudantes de cocina y dos chaques que venian con carga hasta el campo base y se han visto enrollados en la tripulación. Ahora todos ellos están convencidos para portear el material y la comida de la expedición hasta el campo 1 a lo largo de este interminable glaciar. Sin saber tampoco cómo, hay un perro en el campo base que, otra vez sin saber cómo, viene con nosotros más de una vez hasta el campo 1. A partir de allí lo único que nos acompaña es la esperanza, no siempre bien respaldada por los hechos, de que la subida por cuerdas fijas de la pared de roca e hielo que conduce al campo 2 nos resulte cada vez menos dura. Nos vamos aclimatando ¿no no?

Bajo los seracs

La vertiente noroeste del grupo Kangchenjunga-Yalung Kang es una formidable barrera de pendientes de nieve y muros rocosos, surcada en toda su longitud por grandes formaciones de seracs, que dejan pocas dudas en cuanto a la idoneidad de los posibles itinerarios. Un observador imparcial, y con cierto temor divino ante la maldición de
los seracs, acabará dirigiendo su interés hacia la arista norte de la montaña, que enlaza la cumbre principal del Kang con la cumbre mayor de los Twins, de 7.350 m, línea natural que constituye la frontera con Sikkim. Por aquí es por donde subieron los británicos en el 79, aunque para alcanzar la cumbre de cresta en el collado norte ha de superarse esa dichosa barrera de roca e hielo de unos 800 m de desnivel, trayecto con hielo cristal, a veces; caídas de piedras, de vez en cuando y, a la hora de portear, latoso donde los haya, siempre.

En cualquier caso, hemos llegado a la conclusión de que es lo más seguro y no paramos de comentar el aparente riesgo al que está sometida la llamada variante Messner de acceso a la arista, expuesta a las caídas de seracs, y los campamentos. ¡Oh, los campamentos!, más que precarios ante la posibilidad de fuertes caídas de nieve.

Nuestra unidad de acción en esta zona es el millar de metros, cifra redonda, coqueta y fácil de recordar, así que hemos colocado nuestro campo 1 a unos 5.800 m, lejos, lejos del campo base. El campo 2 está a 6.800 m, en el collado norte de la montaña y el campo 3, o vivac con tienda, estará a 7.800 m.

Alrededor del 20 abril nos encontramos en disposición de intentar la cumbre, hemos salido algunas veces y nos hemos vuelto por el tiempo. No nieva mucho, pero el viento es continuo, fortísimo y nuestro itinerario —¡ay!— está muy, pero que muy expuesto al viento.

**Un mirador excepcional**

El campo 1 está en un lugar que democráticamente hemos designado como seguro, siempre que no nieve mucho y que los seracs que cuelgan del Twin caigan hacia el lugar que todos esperamos.

El campo 2, situado en un mirador inigualable, a caballo entre Nepal y Sikkim, entre la tierra y el cielo, entre lo hasta ahora conocido para nosotros y lo que nos resulta una incógnita en nuestra marcha hacia la cumbre, resulta también bastante seguro si la tienda es sólida y el viento se comporta. En cualquier caso, es un lugar bello con amanecer dorados entre cornisas de crema y canales de hielo que descien- den hacia el Sikkim, hacia el glaciar Zemu. En medio surge el Siniochilchu (6.887 m) y el grupo de los Simvo (6.812 m). Hacia el horizonte noreste aparecen, entre las nubes, el grupo de Chomoyummo (6.829 m) y el del Kangchengyao (6.889 m). ¿Qué no conocéis estas montañas, yo tampoco. No hay mucha gente con la fortuna de poder entrar a lo largo de los poco recorridos (alpinísticamente hemos de suponer) valles de los ríos Zemu, Lachen, Lachung y Sebu. En fin, la política y la burocracia bailando su tradicional danza.

En uno de los intentos más serios vamos a pasar hasta tres noches en el collado antes de decidirnos a descender de nuevo al campo base. Debéis tener en cuenta que cuesta mucho bajar allá y que resulta una paliza subir de nuevo hasta aquí, que no tenemos muchas ganas y que como os he dicho antes, estamos deseando acabar ¡al fin! y marcharnos ¡por fin!.

Sigamos identificando el paisaje ya que tenemos tiempo. Hacia el oeste y dejando a un lado el maremágnum de hielo y roca que constituye el grupo del Kang, se levanta en la lejanía las vertientes este del Makalu, grupo del **Campo 1, al fondo el Yalung Kang.**
Hacia el cam- po 3 (7.800 m).
Derecha, rima- ya de acceso al Torreón (7.600 m).

Lohtse y el Everest, además del Cho Oyu, Gyachung Kang y satélites. Más hacia nosotros, el Sharp, más hacia ese lado el grupo de Outlier y, en un plano más cercano, el Kangchenj, el Wedge Peak y el Ramtang. Innumerables oleadas de hielo entre 6.000 y 7.000 m, remotas en su soledad, victimizadas por la presencia de montañas favorecidas por los metros y la fama.

Desde la puerta de mi tienda del base, la vertiente noroeste del Kangchenjunga parece un decorado de cartón piedra al atardecer, justo cuando ha desapa- rcido la última luz solar que sustenta e infunde densidad a la montaña.

Todo esto que estamos haciendo tiene un toque de irrealidad que persiste obstinadamente en la trastienda de nuestras conversaciones y planes. Mañana salimos a intentar la cumbre. Esta vez con la idea de subir hasta que la montaña nos expulse de sus ingrata- tas laderas.

Para estas alturas ya tenemos la segurid- ad de que lo vamos a pasar mal antes de volver a estar bien y que que- de ahí la cosa compañeros!

El 3 de mayo abandonamos el campo 2 hacia las tres de la mañana, con comi- da para... digamos dos días, cien metros de cuerda para dejarla fija en el Torre- ón, y otros dos trozos de 30 m y 7,5 mm, así como una tienda para los cuar- tro y dos piolet por persona, pues la vi- sión de la travesía en la pirámide final no nos ofrece tranquilidad, ¡mi mucho menos! La noche es tranquila y la ma- ñana que le sigue también. El amanecer bello, ¿cómo podría ser de otra forma?, la arista a veces afilada, a veces amplia, pero siempre interminable, y el pico excesivo, ¿existe acaso otra posibilidad?

Una tracción con aspecto de vendaval

Cuando aparece la nieve blanca en la parte superior, Félix y Alberto abren hueco y poco a poco llegamos al Torreón, que consiste en una pendiente de nieve de 50º, cien metros y un resalte de roca de un largo, incómodo pero afortunadamente equipado con restos de cuerdas de anteriores intentos. Son las diez de la mañana y estamos sen- dido en este ocasión un rebaje local de mijo fermentado—una tumba—y al sol por las precipitadas escalas, que llevan a las habi- taciones superiores, se cuelga hasta el suelo desde tres metros de altura que sencilla la admiración de todo el poblado. Sin consecuencias, aunque tendrá que andar algunos días hecho unos zorros. No ha sido lo mismo que lo de Boardman pero, sin duda, ha tenido que contribuir a confiar un conjunto de las lo- cales sobre las escaladas.

A partir de ahora —ha de ser el cometa, según— empezarán las huelgas, la nieve, el frio, el viento y las bronquitis. Todo ello para que haya un poco de todo y para que vayamos tirando.
Foto grande, campo 2, al fondo la arista sur del Twin principal. Fotos pequeñas, Kambachen; Yanu y Yalung Kang; y vertiente este del grupo del Everest.
dos en las suaves laderas del Hombro Norte de la montaña, a unos 7.700 m. El tiempo es magnífico y nuestro planeta interior en calma.

Todo está bien en el mejor de los mundos posibles y allá en frente se eleva la pirámide final con un aspecto favorable, propiciatorio, invitador.

Alguien, creo que Félix, murmuró: "parece como si pudieramos subirla por la tarde, después de plantar la tienda".

Es temprano y seguimos andando durante una hora antes de decidirnos a colocar nuestra tienda en medio de este desolado paraje, ahora tranquilo, aunque no siempre debe ser así a juzgar por las suaves praderas que atravesamos, donde la nieve no consigue estabilizarse durante largo rato.

Son las doce de la noche en nuestra atalaya y, aunque no lo queramos admitir al principio, ahí están los hechos. Esta noche no podrá ser. ¡Quizás esta tercera vez tampoco, Juanito! Nos conformaremos con que aguante la tienda y con poder descender desde el hombro en medio de estos torbellinos de viento.

Mal año este ¿eh? No está siendo una buena temporada. Como no tenemos nada que perder (bueno, sí, pero no me refiero a eso), decidimos aguantar otro día en la tienda y desgastarnos otro poco más.

Doce de la noche siguiente. Sigue el viento.

DOS de la mañana y el viento amaina algo. Decidimos hacer un intento, aunque sea para mantener las apariencias ante nosotros mismos antes de encaminar nuestros inciertos pasos hacia abajo. Una hora después de dejar la tienda, el viento sopla con poca fuerza y solo intermitentemente.

Salimos en dirección cumbre comenzando la larga travesía casi horizontal que nos lleva hasta la pirámide, hacia el pie del resalte de roca denomi-

nado por grupos anteriores "el Crois-
sant". El amanecer me sorprende en el corredor que bordeando el Croissant da acceso a las rampas de nieve intermedias. Estas bandas nevosas conducen diagonalmente hacia la arista oeste del Kang, que se alcanza en una brecha situada a unos 8.450 m, junto a unas torres de roca características.

Vamos separados y la desconfianza ha puesto alas en los pies de Félix y Albe-
Esta relativa tranquilidad nos parece un truco barato de la montaña por lo que se va forzando la marcha y, con las primeras luces del día, Juanito se desciuela algo del grupo y yo todavía más. A unos 8.250 m me doy cuenta de que no me salen las cuentas, de que a este ritmo llegaría de noche de vuelta a la tienda —lo que no sería nada especial en estas circunstancias— y de que visto lo visto en los últimos días es cuestión de tiempo, seguramente de poco, el estar de nuevo inmersos en los tornelli- nos de nieve y viento. Subo unos cincuenta metros más, hago medio carrete de fotos al mundo que me rodea y echo una última mirada a mis tres compate- ros (Juanito ha alcanzado al pelotón y los tres avanzan a la vez): aguir, suerte y hasta la vista. Tengo los pies insensi- bles desde hace horas y cuando las cuentas, por más que se repasan, no salen, lo mejor es reducir gastos... e incluso suprimirlos.

**Tres en la cima**

Es mediodía cuando llego a la tienda, ya medio desprendida de sus anclajes, agitándose en el viento. Lo he pasado algo mal bajando, pero dentro de lo malo del viento reditivo, las ráfagas sob- plan desde abajo con lo cual, lo más que consiguen es que des un salto hacia arri- ba por la pendiente. También hacen que destrespes un poco a ciegas pues en ocasion- es resulta imposible mirar hacia aba- jo, hacia los remolinos de nieve que anuncian la llegada de la próxima ráfaga.

A medida que aumenta la potencia del viento, se eleva el número y el ta- maño de los objetos voladores. No deja de resultar curioso ver planchas de nie- ve presadas, de más de un metro de diámetro, salir disparadas por el aire a decenas de metros de distancia (los trucos baratos de esta montaña). Resulta llamativo que toda esta actividad se desarrolle en la parte izquierda de la pirámide y allá, en dirección a la cumbre, la situación parece más en calma... hasta que deje de estar, claro.

Me despierto de la siesta poco antes de oscurecer. Todavía no han bajado. Me preocupo. El viento, siempre el viento, cada vez más fuerte.

Al anochecer llega Alberto, cansado, adelantado del grupo en busca de la tienda. Media hora más tarde llegan Félix y Juanito y cuentan su aventura, la misma que a continuación os relato:
Juanito, al ver que Félix y Alberto van adelantados y yo retrasado, les hace gestos de que le esperen en la travesía. Así lo hacen, pero le advirtieron que ha de seguir a su ritmo, que no está el horno para bollos y allá van los tres, a uña de caballo. Juanito, cansado del esfuerzo para alcanzarles y a ritmo forzado, Félix y Alberto abriendo huella.

Desde el Hombre de las torres hacia arriba el terreno es complicado y no se ve el final. Están cansados y a punto de darse la vuelta. Por fin llegan a la cumbre sobre las 13:30 horas, Juanito en muy malas condiciones. Durante la bajada va cada vez peor y, en el rapiel de la brecha, pierde pie, por el esfuerzo sufre una especie de colapso y no puede seguir. Se está ahogando e intenta arrancarse el cuello a tirones para respirar. Están bastante tiempo así, a 8.450 m, hasta que consigue recuperarse algo y empiezan el largo descenso en diagonal. Y ahora ya sí, ahora en medio de torbellinos de viento y de nieve, a ciegas dentro de la nube que se ha formado en la cumbre. Juanito no puede más y propone pasar la noche en algún agujero en la nieve. Los otros, ya cansados, con supongo que malos modales, le apremian a continuar. Hay que buscar la tienda entre la ventisca en el amplio Hombre Norte de la montaña. Al descender el corredor salen de la nube, no así de la ventisca, pero por lo menos hay visibilidad para encontrar la tienda.

Una cena pendiente

Allí estamos todos por fin, hechos polvo en nuestro barco perdido en medio del temporal. Juanito con principio de congelaciones en los pies. Confronamos con aprensión en qué la montaña nos permita mañana salir de la trampa, encontrar el paso del Torreón y su cuerda fija, descender por la larga y expuesta arista norte y salir de una vez por todas de sus hostiles relieves para alcanzar los calidos valles inferiores, camino de casa, el lugar al que verdaderamente pertenecemos, si es que pertenecemos a algún lugar, donde quizá nos esperen otros problemas, pero que ya abordaremos a su debido tiempo pues ahora lo que nos urge es salir de éste.

Juanito está melancólico y entona el mea culpa: "que he ido más allá de lo que debía, que he puesto en peligro la vida de los demás, que sin ellos no hubiera bajado nunca...".

Realmente, ¿cuándo llega el momento de abandonar un compañero para salvarse a uno mismo? ¿pudo uno hacer más de lo que hizo, en vano, por el otro aquella vez que...? ¿estar uno obligado a algo? y, si es así, ¿a qué?

Vale Juanito, cabrón. Te has pasado. Pues no los vas a pagar; esto te va a costar una cena para todos en un restaurante, pero en un restaurante de verdad, nada de mariconadas ni medias tintas.

Y así ha quedado el tema, aunque bien sabéis que estas cosas se olvidan y que luego anda cada uno en sus propios asuntos y resulta difícil coincidir.

La montaña nos respeta al día siguiente y el viento nos da cuartelillo. Dos días más tarde llegamos Juanito y yo al campo base, Félix y Alberto en uno y medio. Ya sabéis como son estas cosas: bajando como bestias todo lo que hemos llevado hasta el campo 1, el glaciar fácil del principio se ha convertido en un campo minado de trampas para osos, nadando en auténtica nieve sopa y todo lo demás, y es que en estos días se nos ha desmadrado la montaña, con la naturaleza no acaba uno nunca de hacer carrera.

Al día siguiente de la llegada al campo base, salimos hacia abajo sin descanso. Han llegado los porteadores y hay que poner al mal tiempo buena cara. El tiempo va empeorando y dos días más tarde nos vemos en una de las tormentas eléctricas mayores que he visto en el Himalaya. En este fin de semana cuando muere bastante gente cerca de la cima del Everest.

Empapados tomamos un te en Amilis. Y damos consejo a Juanito:

- ¡Qué!, ya has hecho los más altos y difíciles (bueno, bueno), tranquilidad lectores, que ya sabemos que la cosa no está tan clara).
- Juanito ¡no corras tanto! ¡no pierdas la cabeza, no pierdas la cabeza!.

Pero no nos hace caso, pues para eso están los amigos. Yo tampoco hago mucho caso a los demás y unas veces me va mal, pero otras me va estupendamente. También la gente te recomienda que no trabajes, que resulta poco saludable. Y aquí estamos de nuevo, él se va al Shisha compartiendo permiso con Félix y Alberto, y yo, ¡ay!, a trabajar llevando viajes.

¡Sí, sí! reid... reid, amables lectores.

Enrique DE PABLO
UNA PRIMERA A LA NORTE DEL KANG

El Kangchenjunga, que significa "Los cinco tesoros de la nieve", es un macizo en el que se distinguen cuatro cum ca de diferentes formas, en especial el de la orillada, que es el más accidentado. En 1955 un grupo británico formado por G. Band, J. Brown, N. Hardie y T. Streather, consiguió la primera ascensión de la montaña, aunque no pisaron la cumbre y se quedaron en escasos metros, cumpliendo así la promesa de no tocar la morada de los dioses.

A partir de entonces, el Kang fue escrito por expediciones de distinguidos países que ya no tienen reparos y proponen los cuatro cumbres por sus diferencias caras, exceptuando la norte, que tuvo que esperar hasta el final de la década de los setenta. En 1979, Doug Scott, Peter Boardman, Joe Tasker y George Bettembourg se dirigieron hacia la pared norte del gigante. El historial de los componentes de esta expedición británica era ya por entonces envidiable: Boardman y Doug habían escalado el Everest en el '75 y, entre todos, sabían aproximadamente veinte expediciones al Himalaya. El estilo en que se consiguió la ruta fue bastante vanguardista en el momento, ya que no usaron oxígeno —aunque llevaron una pequeña botella con mascarilla, que volvió intacta, para una posible emergencia—, ni emisores de radio. Limitaron la ayuda de los porteadores y sólo dos sherpas llegaron hasta el collado norte, desde donde los ingleses cargaron con su material.

Boardman fue sin duda el más accidentado del equipo; habiendo saltado por los dientes, se hizo daño en los ligamentos del tabillo y tuvo que ser llevado a un hospital en una especie de cesta, durante cuatro días, por un equipo de tres fuertes porteadores. En menos de un mes se recuperó en el campo base para acometer la ascensión. Una vez restablecida iniciaron la escalada y, debido a la altura de piedras, se lesionó la muñeca. Por si fuera poco, en la bajada de una de los intentos, su pie sufrió congelaciones.

Las dos primeras tentativas fracasaron como consecuencia de las condiciones meteorológicas: el fuerte viento destruyó el campo 4 y llevó a que echaran con una tienda rota y descansara a 7.900 m. Para el asalto definitivo optan por cavar una cueva en la nieve. "La escalada recordaba a la dificultad del espolón norte de los Drujets, el macizo del Mont Blanc", según palabras del mismo Doug Scott. El tercero fue el asalto definitivo, un ataque que realizarían sin G. Bettembourg, quien abandona y desciende al campo base. Con otro vivaz y un tiempo más benevolente consiguió alcanzar la cumbre y disfrutar de la magnífica vista que les concedió el tan esperado como insólito día.


J. M. V. G.

FIJICA DE LA EXPEDICIÓN

Componentes: Juan Oiarizabal, Félix y Alberto Irurzun y Enrique de Pablo.

Cronología: Salida de Bolívar el 10 de marzo. Salida de Kathmandu el 16, en autobús hasta Basantapur.


Financiación: IBN, Caja Vidal (Alavés) y Katsui (Taschen).